

Al león este cuadro nada importa,  
siendo su celestial magnificencia  
para aquel corazón bueno y sensible,  
que odio, envidia, venganza no envenenan.

Trepa ligero al sauce más antiguo:  
mira por todas partes, y no encuentra  
por ninguna el objeto de sus iras;  
pero siendo oportuno á sus ideas  
aquel sitio, en el brazo más robusto  
que hay en la rama principal se sienta.

Ve desde allí venir hacia la fuente  
un animal de poca corpulencia,  
aunque muy bien formado, que clamando  
con voz aguda, su dolor expresa.

Cuando llegó á distancia en que podía  
el león escucharle . . . ¡qué sorpresa!  
¡qué accesos de furor! Habla del hombre,  
á quien, como si oyéndole estuviera,  
con el dulce entusiasmo del cariño  
le dirige la voz de esta manera:

—¿Dónde, señor, estás que no me escuchas?  
¿De mi lealtad acaso no te acuerdas?  
¿Quién como yo te advierte los peligros  
ó se expone á morir en tu defensa?

Ningún criado te da más testimonios  
de amor, de sumisión y de obediencia;  
pues si las leves faltas me castigas,  
no opongo á tu furor más que la queja.

Lamiéndote la mano que me hiera,  
y postrado á tus pies, pido me vuelvas  
á tu amistad, y una mirada tuya,  
golpes, desprecios, todo lo compensa.

Si me mandas seguir alguna caza,  
¡con qué empeño, qué celo, qué presteza  
la persigo, la alcanzo y de ella triunfo!

Mas sobrio te la entrego, sin que pueda  
mi integridad faltar aun en el caso  
de que el hambre furiosa me acometa.

Cuando duermes, yo velo cuidadoso;  
rondo la casa, porque no sorprenda  
algún extraño tan preciosa vida;  
nuestro además mi celo en la defensa  
de animales á quienes dañaría,  
si el placer que te causan no advirtiera.  
Mas por aquí el olfato . . . ciertamente . . .  
Si, por aquí pasó, según la huella;  
decía el perro, oliendo las pisadas  
que vió estampadas en la blanda tierra.

Sigue el rastro, creyendo que ninguno  
nada de lo que dijo oír pudiera,

y el enemigo lo escuchaba todo:  
¡estas facilidades de la lengua!

El león, confundido, no percibe  
qué magia, qué virtud el hombre tenga,  
pues que los animales más valientes  
de grado se le rinden, ó por fuerza.

Baja, no obstante, y se encamina al sitio  
en que el perro observó la humana huella.  
Al llegar, cuidadoso la examina,  
y viendo su tamaño, considera  
que excediendo á la suya en otro tanto,  
tendría su rival doble grandeza.

En traje de prudencia disfrazado  
el pálido temor, temblando llega,  
y tomar la espesura le persuade  
con el semblante, la actitud y señas.

Mas luego, la opinión inexorable  
que tiraniza el globo de la tierra,  
con ojos torvos—¡Qué dirán!—le grita.  
No dice más ni aguarda la respuesta.

Venid, acá, censores inflexibles,  
no aguardéis á que el éxito se vea  
para fallar en tono decisivo:  
el león, vuestro sábio juicio espera.

Cuando ya no le sirva, si es vencido,  
será locura proseguir la empresa;  
como si vence, debe ser cordura  
no abandonar una victoria cierta.

El león, fatigado, que no sabe  
adonde encaminarse, ó qué hacer deba,  
un matorral espeso le convida,  
y en él, dudoso, á descansar se interna  
notando que allí puede, sin ser visto,  
observar cuanto pasó por de fuera.

El sueño le acomete; él se resiste  
y le rechaza, en fin, cuando ve cerca  
un animal bien hecho, cuya mole  
sólo sobre los pies mantiene recta.

—No arman sus manos, dice, corvas uñas;  
es adorno su pelo, no cubierta;  
calma y bondad anuncia su semblante;  
todo es blandura, gracias, inocencia.

¡En tu favor previenes ser amable!  
¿Serás, dulce viviente, serás presa  
que esclavice y degrade el feroz hombre?  
No hará tal, que yo salgo á tu defensa.—

Se levanta, se estira, se sacude,  
y se dirige al que auxiliar intenta;  
mas como ve su turbación, le dice: